

concepto del alma humana, para refundirse en el de la ciencia viviente. La reflexión (ciencia), de acuerdo con el sentimiento humano para trabajar de consuno contra la ignorancia que los asedia; pactan por fin: á favor de la reflexión, que se aproxime cuanto pueda á las *revelaciones* del sentimiento; y á favor del sentimiento que se aproxime cuanto pueda á las revelaciones del Dios desconocido en su esencia, presencia y potencia; y cognoscible sólo humanamente, en cuanto lo consienten la esencia, la presencia y la potencia humana.

Guillermo (de Conches), teólogo de la Edad Media que admitió, como algunos otros, además de las almas individuales y de un Dios supremo, un alma del mundo.

Esta superfetación panteística es contradictoria y superflua. Puede el panteísmo prescindir de Dios y aun de actividades *individuales espontáneas* (vivientes) atribuyéndolo todo á una actividad, que represente el fatalismo, y á quien se conceda el monopolio de la fuerza, de la función universal, no representada siquiera por parte alguna de las sujetas á su dominio. Al menos esto será lógico en su procedimiento, dentro del carácter *absoluto* que ilegítimamente se otorga á semejante teoría. Pero añadir este absoluto á los dos absolutos, que se disputan el absolutismo desde los polos de la vida, es acumulación inmotivada de error sobre error.

En el mundo en que vivimos no hay una sola alma, sino muchas en número indefinido, y cosas sin alma, esto es, sin espontaneidad, sin vida independiente. La totalidad misma de lo que rodea á los seres con alma, carece de alma propia, en relación con

las que tenemos los que vivimos dentro de sus ámbitos genuinamente positivos.

Gula, del latín *gule*, gola.—Vicio del apetito nutritivo en disonancia con las leyes de la nutrición vegetativa. Los vegetales no tienen gula. Reciben inconscientemente el alimento que se les da, pero no cabe en ellos reclamarlo con exceso.

La gula es propia del animal; y en el hombre, además de la gula animal, puede haber otra refinada en el pensamiento.

Gusto, del sanscrito *ghas*, comer.—Sentido, sentimiento y función reflexiva de sentir. Sentido es el del paladar; sentimiento es el placer que se experimenta gustando lo bueno, y función reflexiva es el sentimiento moral, filosófico y estético.

El gusto tiene reglas que le limitan, pero en el fondo es siempre función de sentir.

Gymnoso fista, del griego *gymnos* desnudo y *sophistes* sabio.—Ascetas indios, á quienes llamaron así los griegos compañeros de Alejandro, á causa de la desnudez que ostentaban en sus piadosos ejercicios.

No es bueno que el pensamiento se desnude de toda consideración externa, para replegarse sobre sí mismo con peligro de enclavarse en un escollo central, ó de naufragar en un mar sin orillas.

Oscile libre y equilibradamente entre los dos polos que le limitan, y entréguese á la vida que le lleva á su objeto con creciente aproximación, seguro de acertar por este camino á subsanar en lo posible las *espiraciones* que le llevan hacia abajo, con las *aspiraciones* que le llevan hacia arriba.

H

Haber, palabra procedente del latín, *habere*.—Verbo neutro auxiliar congénere de ser y estar. Ser ó existir anteriormente en su relación ideal con ser y existir actualmente.

El haber ó los haberes *sustantivados*, como se dice gramaticalmente, ó sea objetivados con las cosas exteriores que pertenecen á un individuo, identificándose con él idealmente como tales cosas.

Haber sido se dice de lo pasado y sobre todo de lo pasado próximamente; y lo pasado próximamente es lo definido respecto del individuo en actual definición.

En el mismo concepto de definido relativamente, se agregan al sujeto todas las cosas que se siguen definiendo juntamente con él.

El haber se dice también en futuro, en participio y en gerundio; pero el haber futuro es doblemente ideal: posibilidad de realizarse un haber.

Los haberes actuales simbolizan la potencia de futuro haber.

Habilidad, del latín *habilitas*.—Facilidad para hacer bien cosas relacionadas con el haber externo,

Hasta los animales tienen habilidad para hacer ciertas cosas, y pudiera decirse que funcionan hábilmente las plantas que producen hermosas flores y sabrosos frutos.

El hombre es animal eminentemente hábil; pero cúmplele aspirar á algo más; á practicar el bien interiormente y á elevarse en este sentido inteligiblemente á la mayor altura posible.

Habitación, de hábito.—Lo que existe exteriormente en relación con los individuos.

Límite en el espacio, dentro del cual se halla habitualmente el hombre civilizado.

La habitación *real* del hombre es *en general* el planeta en que vivimos; su habitación *ideal* es el cielo, límite de toda realidad.

En particular el hombre habita en la casa que le pertenece, la cual es su mundo, y puede también ser su cielo y á veces su infierno.

Hábito de *habido*, hecho pasado.—Costumbre, más del orden vegetativo que del sensitivo y del inteligente. Función que, reproducida, se con-

vierte en ley, ó más bien simboliza, definiéndola, la función de legislar.

Tipo al que se amoldan las reproducciones sucesivas de una vida particular, y que puede estar, ó no estar, conforme con otro tipo, reproducido idealmente por el mismo individuo, ó por la colectividad de que forma parte.

Hábito en relación.—Existen relaciones entre hábito y haber, así como entre negación de haber y crédito.

El hábito como cosa habida es el peso que echa en el curso de la vida el haber, depositado en su caja de efectivo (definido ó realizado).

El deber anexo á la ley representada es el contrapeso del haber en la caja de la vida.

El deber es el acreedor de la vida, que reclama al haber de la misma el pago de sus servicios.

El capital (el haber de la vida), es lo definido. Lo indefinido interviene como crédito, á robustecer y aumentar el haber, que así se somete al debe de la caja viviente.

Hablar, voz de origen latino y griego, y congénere de hacer, *fablar*.—Función propia del hombre. Sólo habla el hombre entre todos los seres de la creación, y el sér que hablara sería en el acto mismo hombre.

Se entiende que hablar no es pronunciar palabras, sino significar el pensamiento.

Hablando se entienden los hombres, y por otras señas se entenderían bastante mal, no siendo obstáculo para pensar así, la comunicación posible con los sordo-mudos; pues lo difícil es llegar sin palabra á la nutrición intelectual, que se *sugiere* á los sordo-mudos por los que no lo han sido ni lo son.

La palabra es servidora del pensamiento; pero no sierva; usa, y amoldado abusa, de su libertad fenomenal, siguiendo impulsos propios, además de los impuestos por la ley.

Es, pues, la función de hablar, hacer sonidos en formas relacionadas (identificadas sin perjuicio de la distinción), con los pensamientos, que *hacen* simultáneamente. Significar con formas inorgánicas la función viviente del pensamiento.

Al ser hablado, y al ser escrito el pensamiento, muere sepultado en la mortaja que le da forma exterior.

Pero este cadáver tiene virtud suficiente, para suscitar formas particulares de la vida en otro espíritu, que siente en la certeza propia de su organismo, la exterioridad formulada por otra actividad viviente.

Hacer, del latín *facere*, palabra congénere con gran número de las que comienzan con *f*.—Verbo que significa la *función en general*, ó al menos un factor de la *función genérica* (hacer y deshacer).

El sér y el no sér, son ó no son en el espacio; sin perjuicio de figurar en el tiempo: el no sér haciéndose, y el sér deshaciéndose.

Es el hacer y el deshacer, término medio entre el sér y el no sér, que produce, destruye y reproduce, como tal término medio, el sér y el no sér. He aquí la función que en su totalidad, ora representativa, ora representada, y siempre ambas cosas á la par, se llama vida.

Hacer y deshacer es el verbo significativo de la fuerza activa, que limita á la pasiva y es limitada por ella.

El mismo verbo que en activa es hacer y deshacer, en pasiva es *ser hecho y deshecho*.

Hacer, fuerza y función, son pala-

bras correlativas, que significan: *fuerza* el hacer teórico, *hacer* la fuerza práctica, y *función* el límite común de lo teórico y lo práctico absolutos, de donde brotan la generación ideal y la realizada en series de seres vivientes.

Hacer fuerza, (esfuerzo).—La fuerza se revela sintiendo el individuo la función de *hacer fuerza*, los esfuerzos mental y muscular.

Sentir la fuerza y la función de hacerla, supone músculos y un sistema nervioso correlativos, en el organismo viviente.

En el acto de sentir la fuerza, siente el individuo: lo exterior (los fenómenos), lo interior estático (la ley) y lo interior dinámico activo y pasivo (tercer modo de sentir).

La función se hace con sus tres modos positivos, y un modo negativo de cuanto va más allá de lo que se siente de los tres modos positivos.

Este más allá, no sentido, es el coeficiente indefinido de los tres modos de hacer lo sentido en la conciencia.

Hacerse y deshacerse.—Hacerse y deshacerse es cambiar, y el cambiar es tan indispensable para la conservación, como la conservación para el cambio.

El cambio de lugar ó movimiento exige algo que cambie, que se conserve cambiando; pero la conservación no puede tampoco ser absoluta, pues lo que no cambia se estaciona en el tiempo, queda realizado y no *se realiza* más. Fáltale el factor ilimitado, que aun siendo nada por sí teóricamente, es todo lo posible, relacionándose en la práctica con todo lo limitado.

Faltó á Hegel *relacionar* el hacerse y deshacerse en el pensamiento con el hacerse y deshacerse en la realidad, y con la teoría que impone á cuanto se

hace y se deshace, un eficiente polar determinado y un coeficiente polar indeterminado.

A Renouvier le faltó *hacer y deshacer* la *relación* á que redujo la *sustancia espiritual* de Hegel.

Reintegremos ambos conceptos de los elementos que les faltan para vivir, y nos hallaremos en posesión de la ciencia viviente.

Hacer viviente.—He aquí el cuaternario del hacer viviente: hacer, deshacer, rehacer, redeshacer *por sí y ante sí*.

No está admitido el verbo redeshacer, que sin embargo se emplearía legítimamente en muchos casos. En su reemplazo hay que decir: hacer, deshacer lo hecho, rehacer, deshacer lo rehecho.

No es otra la tarea de la vida práctica.

Hacienda, de hacer.—Lo que se está haciendo conserva en parte lo hecho y es la hacienda del sujeto que la hace. Sin hacienda no hay sujeto: el que antes había con un átomo de hacienda, ha muerto por inanición.

La hacienda necesita seguirse haciendo; se halla más confiada al porvenir que á lo pasado: con éste es letra muerta, con aquél es el espíritu y la vida.

Sin embargo, también el trabajo reclama capital. Es este una fuerza pasiva, que, puesta en movimiento por la activa, la consolida y la multiplica.

Los grandes capitales pueden ser un obstáculo á la circulación por los vasos pequeños; pero sin capital, no hay circulación ni grande ni pequeña.

Trabajar en el vacío, es la miseria de los que no tienen capital; estancarse en los grandes vasos, es la mi-

sería de los capitales que no pone el trabajo en circulación.

El animal, entregado á sus instintos, suele morir de hambre ó de hartura. El hombre con su razón debería ordenarlo todo; pero ¿puede hacerlo siempre?

Hacino, de hacer.—Adjetivo anticuado, que calificaba al hombre dedicado á hacer, á capitular y á no gastar. Harto se ve, como instintivamente se ha significado la función, en sus modos activo y pasivo, y en sus diversas variantes, con una misma radical.

Hacino no es hacendoso, ó el que cuida de su hacienda; sino el que cuida *miserablemente* el capital, y no el trabajo que le fertilice.

Hados, congénere con hada.—Forma de sucesión no regida por ley alguna; pura casualidad.

Ficción ó creación fantástica, metafísica, á la que se ha conferido idealmente la forma de objeto, propia para imponerse al sujeto indefinido de la vida individual.

Quéjense de los hados los que han sido víctimas de acontecimientos imprevistos, y á menudo de su propia imprevisión.

Si hubieran contado con las posibilidades inherentes al ejercicio de toda ley, en relación inexcusable con la función de vivir, no les sorprenderían los acontecimientos fortuitos, prósperos ó adversos.

No se explican éstos por la presencia de un hado fatal ó de un ángel de la guarda. Si tales seres fantásticos llegaran á realizarse, figurarían siempre como pasivos, enfrente de la función autonómica de vivir.

No se explican muchas cosas, porque es imposible explicarlo todo.

A la libertad, que permite al hom-

bre imponer á los acontecimientos un orden que *deben seguir*, y que más ó menos realizan siempre: se contrapone la anarquía en que quedan los acontecimientos, desprovistos de ley que los sujete en absoluto.

El término medio entre la libertad que legisla lógicamente y manda obedecer, y la anarquía dispuesta siempre á rebelarse contra la ley; es la Providencia, que en sentido general (ley), asiste á la realización del orden humano, y en sentido particular (fenómeno), se relaciona con cada sér viviente, apareciendo respecto de él: como hado benéfico, si le proporciona el bien; y hado maléfico si le abandona, dejándolo caer en los abismos del mal.

En suma; los hados no son sino fantasmas con que se disfraza la casualidad.

Se dirá que la casualidad es una confesión explícita de ignorancia. Igual confesión es el sentimiento de la libertad.

Y, sin embargo, difieren enormemente una y otra confesión. La de la casualidad, en que intervienen los supuestos hados, es precisamente negación de causalidad; así como la causalidad es negación de casualidad.

¿Cómo conciliar semejantes contradicciones? Para eso está la relación, bien entendida, en los límites que impone.

El misterio es uno, polarizado en dos: objetivo, casualidad; subjetivo, causalidad.

Hafesia, del griego *haphé*, tacto.—Han llamado así algunos filósofos una supuesta facultad anímica, correspondiente al sentido físico del tacto.

Ni el sentido del tacto es enteramente físico, ni el alma absolutamen-

te *antifísica*. Participan ambos de un término medio, que relaciona los extremos físico y antifísico.

Con creaciones sustanciales absolutas se aspira en vano á comprender la relatividad que impera sobre todas las cosas.

Halago.—Sentimiento agradable, suscitado por el pensamiento de la realización posible de alguna idea.

Lo que halaga en idea puede seguir halagando, después de realizado, si suscita el deseo de su continuación ó reproducción.

Hallazgo, del latín *fallere*.—Presentación en el espacio ó en el tiempo, de algo nuevo ó desaparecido, que era objeto del deseo y del ejercicio de la voluntad.

Todo se puede hallar en el espacio ó en el tiempo, menos la supresión misma del espacio ó del tiempo en la función común.

Los hallazgos de la Filosofía, han sido á menudo abortos filosóficos, por haberse cortado inoportunamente el hilo del tiempo, que es el cordón umbilical del pensamiento.

Hambre, del latín *fames*.—Sentimiento correspondiente á la necesidad de elementos, para la nutrición vegetativa.

El pensamiento tiene siempre hambre de belleza, de verdad y de bien moral. La satisfacción de estas necesidades no pasa de ser transitoria en el tiempo y limitada en todos sentidos. La imaginación regenera la necesidad á medida que se va satisfaciendo.

Hamilton, filósofo de la escuela escocesa (siglo XIX).—Profesa la prudente doctrina de la eliminación de lo absoluto como cosa cognoscible. Proclama para la Ciencia el principio de la relatividad. Todo pensamiento

—dice—, es una relación que se establece entre el pensador y el objeto pensado. Pensar es condicionar, determinar, limitar. Pensar lo absoluto sería someter lo incondicionado á condiciones. Lo incondicional no puede ser ni conocido ni concebido; la noción que de ello tenemos es simple negación de lo condicional; único que puede ser positivamente conocido y concebido.

Hamilton, sin embargo, distingue la creencia del conocimiento y conserva por razones morales y religiosas la fe en lo absoluto.

Un paso avanzado da en la ciencia Hamilton, al asentar el criterio de la relación, y conceder *como por gracia* lo absoluto á la Fe y la Moral. Mas aun puede darse otro paso precursor de un camino, abierto para siempre con el criterio de la ciencia viviente.

Más allá de donde llega Hamilton con la teoría está la práctica correlativa. Esta *hace* todo lo relativo, y hasta *hace* relativo lo que en teoría es absoluto: la absoluta relación, concebida inmóvil (*abstracta*) en la reflexión humana. La reflexión abstracta se moviliza en su contacto con el sentimiento, resultando de tal contacto una función siempre *vivaz*; porque se alimenta con lo indefinido, con lo ignorado, que paso á paso va definiéndose en su tránsito del porvenir á lo presente, así como se indefine en su tránsito del presente á lo pasado.

Hartar, del latín *facere*.—Satisfacer con exceso alguna necesidad.

La necesidad del bien particular no lleva tan á menudo á la hartura, como la necesidad del bien común. El trabajo en provecho propio se sufre más resignadamente que el desprovisto de ese interés. Sin embargo, el imperio de la ley se hace sentir

siempre en el hombre, que dejaría de ser hombre si se eximiera de sentirle.

Hartley, médico inglés de la época moderna, que explicaba el espíritu por la asociación de las ideas, y éstas por las vibraciones cerebrales.

A quien se satisface con tales *explicaciones* procede preguntar; donde halla *implicado* lo que supone explicar. Seguramente lo hallaría implicado en su *sentimiento*, para explicarlo ante su reflexión; mas no por eso la *reflexión* explicativa resultaría menos distinta que antes, del sentimiento *reflejador*.

Una vez entregadas las ideas, por el sentimiento que las une, á la reflexión que las disgrega, no les resta otro recurso que el de *asociarse*; para recobrar algo de la forma unitaria que acaban de perder.

Hartley se atreve á más: explica, en su sentir muy cuerdate, el pensamiento por las vibraciones cerebrales, y, por consiguiente, lo reduce todo á *mecanismo*, suprimiendo lo cualitativo, lo específico, lo subjetivo, del cuadro teórico de *leyes categóricas* del pensamiento.

A tan desatentadas cavilaciones llega el materialismo, á fuerza de pretender asegurarse mucho en los hechos positivos, sin dar crédito á otra cosa que al testimonio de los sentidos externos.

Hartmann y Schopenhauer, filósofos pesimistas, que interpretaron la vida universal (el panteísmo) de Hegel y de Schelling, en sentido diametralmente opuesto.

Según ellos, no es la idea lo absoluto de Schelling. Schopenhauer la llamó *voluntad*, y Hartmann *Inconsciente*. Así como Hegel decía simplemente que la idea se *exterioriza*, Schö-

penhauer asienta que la voluntad es objetiva. Todo viene á ser una misma cosa; pero el filósofo no se satisface con sentirlo así: quiere saberlo á toda costa. Queda, pues, en pie una primera dificultad teórica, igual para Hartmann y Schopenhauer, que para Hegel y Schelling.

La diferencia entre unos y otros está en la calificación de la vida misma, humanamente considerada: para unos propende, al menos, á ser óptima; para otros es pésima.

El optimismo, dice Schopenhauer, es la más insignie necesidad que han inventado los profesores de filosofía. Contra el optimismo abogan, no sólo la experiencia de la vida humana sino también la razón pura. Efectivamente, el fondo de la voluntad es un esfuerzo, y el esfuerzo es ya un dolor. Querer es sufrir, y querer es ser. Así, pues, toda vida es un dolor... El querer, como el esfuerzo que es su esencia, se parece mucho á una sed inextinguible. La vida no es más que una lucha por la existencia, con la certidumbre de ser vencido. Querer sin motivo, sufrir siempre, siempre luchar, por fin morir, y así siglos y más siglos, hasta que se rompa en mil pedazos la costra de nuestro planeta: he aquí la vida.

Nunca fué más necesario que para Schopenhauer y Hartmann el criterio de la relación. En relación, es lo cierto que, antes y ahora, la mayoría de los hombres, no ya sólo los filósofos optimistas, aman la vida sobre todas las cosas, á pesar de sus contratiempos y miserias, y que el mayor mal, sufrido naturalmente por todo el mundo, é impuesto en los tribunales de justicia, es la muerte. ¿Qué sucederá mañana? Nadie lo sabe, y los pesimistas suponen demasiado al de-

clarar: que lo saben ellos, y son estúpidos los demás, los que constituyen la inmensa mayoría del género humano.

En cuanto á lo que llaman Hegel absoluto, Schopenhauer voluntad, y Hartmann lo inconsciente, tan á obscuras están unos como otros, y como lo estamos todos. A nuestra honrada conciencia compete confesarlo así; agregando, sin embargo, que á obscuras y todo, y sin luz alguna que nos ampare, *sentimos* prácticamente algo que nos mueve, que nos *cambia* aunque no queramos, que nos lleva algo viejo, y nos aporta cada día, cada hora, cada instante, algo nuevo, que regenera de continuo lo antiguo degenerado.

Y esto que sentimos pasivamente, lo sentimos también activamente, como actividad delegada por otra superior, que nos limita en totalidad y se deja limitar parte por parte.

He aquí verdaderamente la vida humana, que puede tener, y tiene, efectivamente, mucho de amarga; pero tiene, sin duda, algo más de dulce, cuando tantos la sobrellevamos en el mundo.

Hazaña, del latín *facere*, hacer. —Hecho excepcional, que demuestra fortaleza y buena voluntad.

Hay hazañas ruidosas, y otras que se pierden en la obscuridad y en el silencio; no por eso menos grandes y merecedoras del común aplauso, que no llegan á obtener.

Hechizo, de hacer. —Hecho ficticio, ilusorio, á veces imposible, que, sin embargo, se considera, no sólo como posible, sino como realizado por medios sobrenaturales, confiados milagrosamente á un ser natural.

Prácticamente se llama hechizo al sentimiento que absorbe el análisis

reflexiva imponiéndose ciegamente como ley al pensamiento.

Hecho, de hacer. —El fenómeno realizado en el espacio ó en el tiempo, en la función común del tiempo y del espacio.

A todo hecho (pasado), se opone lo no hecho (futuro), y á los dos el acto presente.

Estos tres elementos componen la función común, que cada uno de ellos realiza parcialmente.

Lejos de ser los hechos el todo funcional del Universo, son únicamente una parte ó elemento suyo, relacionada siempre con las demás.

La tesis y la antítesis *hacen* la síntesis y así resulta el hecho puro; mas la síntesis pura se deshace por el análisis.

Puede entonces rehacerse simplemente tal como antes era, volviendo á comenzar, tornando á concluir, y estacionándose el procedimiento en un círculo vicioso de síntesis y análisis sin adelantar un paso más.

Para adelantar algo en este camino, se hace preciso partir de la síntesis primera (convertida en nueva tesis), y considerarla funcionando con una negación; que será entonces, no ya negación simple de la tesis, sino negación de la síntesis, ó sea de la tesis y de la antítesis, positivamente relacionadas.

Entonces es cuando viene el *hecho* de la síntesis fundamental positiva, á relacionarse con lo *no hecho* (antítesis), y lo no hecho figura como *factor indispensable* (coeficiente indefinido), de la función superior que enlaza lo hecho con lo no hecho.

Relacionar lo hecho con lo no hecho en una función suprema de *funciones de hecho* con lo *no hecho*, es *dar vida* al hecho, el cual no puede menos

de concurrir al acto, prestándose pasivamente á la misma actividad que en él se implanta.

Hecho ideal. Al hecho real se contraponen el hecho ideal, sin absorberle.

Las relaciones *se hacen* en el pensamiento por iniciativa del pensamiento mismo, y así es como resultan *hechas* en el pensamiento.

Las ciencias todas son *hechos* del pensamiento.

Los hechos del pensamiento son los que ha bosquejado Hegel con rara precisión; paseándolos por las fronteras de los hechos relativamente positivos y reales; y prescindiendo del polo negativo, del coeficiente indefinido á cuya intermediación funciona el pensamiento.

Nada más propenso á errores fundamentales, que limitarse á los hechos para resolver los problemas de la vida.

Los hechos todos, así reales como ideales, suponen *iniciativa*; la cual se encuentra sólo en la función viviente, en el *ser vivo*.

Hechura, de hacer.—Cada pensamiento se hace su hechura propia. ¿Cómo poner de *moda* una hechura que satisfaga á todos, y cómo organizar la fábrica de suerte que se acomoden todas las hechuras á un solo tipo, y que el tipo convenga á todas las hechuras?

Difícil empresa es, y el sastre del pensamiento que intente dar el patrón de todas las hechuras, se llevará un solemne chasco.

Lo mejor es dejar la hechura libre, proponiendo solamente límites, más allá de los cuales la decencia y el buen gusto no permitan pasar.

Por de pronto hay que cubrir con algo las carnes del pensamiento, que

absolutamente desnudo, se llama á sí propio ignorar.

Cubiertas las carnes con un relativo saber, le llama *creer* en cuanto tiene de positivo, y no creer ó dudar, en cuanto tiene de negativo.

Hegel, filósofo del siglo XIX, sucesor de Kant.—Venía informando la filosofía histórica, el concepto de una *sustancia*, de *dos ó muchas sustancias*, como base y fundamento de su obra secular. El *ser* era la tabla, y el *estar* el clavo que inmovilizaban los sistemas, haciéndolos pasar de mano en mano, como tarjetas pobladas de imágenes fotográficas que representaban el *plano* de la vida. Todo el mundo confiaba en un plano, y trazaba el suyo ó, para mayor comodidad, adoptaba el de otro.

Al cabo de siglos Kant sintió moverse el suelo representado por el plano; pero no dió importancia al caso, y se limitó á tomar precauciones para no dejarse llevar de movimientos irreflexivos.

Signiéndole la corriente ya iniciada con el transcurso del tiempo, Hegel sintió con más viveza el movimiento, el cambio; mas, aun así, no juzgó prudente confiar en él, sin precaverse todavía con el amuleto de la sustancia, de la inmovilidad, no ya sólo en pugna constante con la movilidad, sino vencedora al cabo, dispuesta en todo caso á imponer la ley *en sí, para sí, en sí y para sí*.

Provisto el pensamiento de la sustancia *en sí, para sí, en sí y para sí* y llevándola siempre de reserva, se persuadió de que él solo se bastaba para probar al mundo entero que nada más necesitaba para ser *por sí*.

En esto último fué precisamente en lo que se equivocó, no ya el pensamiento absoluto del cual nada sabe

mos, sino el pensamiento de Hegel.

El pensamiento de Hegel, como el de todos los demás mortales, necesitaba, desde el principio hasta el fin de su vida, como función reguladora, dotada siempre de todos sus elementos y siempre reproducida, un mundo exterior en que *explayarse* y un mundo íntimo en que *concentrarse*, para vivir, en el intermedio, lo poco ó mucho que le otorgaran, cada cual á su modo, los extremos correlativos: Dios es el extremo absoluto representante de lo no relacionado; y el mundo de los sentidos es el extremo absoluto representante de lo relacionado. La persona intermedia es la que vive *apoyándose* en los extremos, pero guardándose de *caer* en ellos.

Desprovisto Hegel de extremos, trazó, sí, un círculo idealista perfectamente dibujado; pero círculo vicioso, sin tangentes divina ni experimental externa, con que dar objetividad, viviente ó no viviente, á la absoluta subjetividad dibujada en su conciencia.

Hegelianismo (sistema).—El sistema de Hegel se hace sistema viviente con una sola variante en su base fundamental.

Ralacionemos los tres términos: en sí, para sí, en sí y para sí, con estos otros: por sí, para sí, por sí y para sí.

He aquí la diferencia.

Los tres términos de Hegel son, á pesar de todas sus pretensiones prácticas, estáticos, teóricos, inmovilizados por una *sustancia* absoluta; los tres que agrega la ciencia viviente son dinámicos, genuinamente prácticos, activos, y los impone esta ciencia á la teoría hegeliana. Resulta así recíproca dependencia entre la práctica y la teoría filosóficas.

Esta comunidad de dependencia

puede mortificar algo la *vanidad* del elemento teórico, ó del elemento *práctico*; pero salva la verdad, que es lo más importante.

La verdad es que si por una parte todas las cosas *son* lo que *son* y no lo contrario de lo que son, como quiere Hegel, con el fin de salvar de esta suerte el *criterio sustancial*; por otra parte, las cosas, así consideradas, *necesitan* hacerse, y comete, al menos una imprudencia quien deja de contar con tal necesidad.

Cierto es que no basta salvar la necesidad de *hacerse* la función, si la función no *es hecha* correlativamente, *serviéndola* de teoría; pero al servirse la necesidad práctica de la necesaria teoría, es bien que reconozca la reciprocidad de semejante servidumbre.

El premio de tan fecunda transacción, es el bien mutuo, la conciencia de la vida en el pensamiento y en el cuerpo, relacionados ambos con lo definido (no vivo), y con lo indefinido (no vivo también, mientras no lo vivifica la práctica correlativa).

Hegesías, filósofo alejandrino, á quien llamaron orador de la muerte.—Se contó que decía: «lo mismo da vivir que morir», y que preguntado «por qué no quieres morir», contestó «porque es lo mismo.»

Hegesías representa en la historia filosófica aquellos momentos de desmayo intelectual, lindantes á veces con la *absoluta desesperación*, que suelen experimentar los hombres en el transcurso de su vida. Más ó menos intensidad, más ó menos continuidad, de tal modo de sentir y reflexionar, distinguen entre sí á los hombres en particular.

La generalidad, la ley, reclama en el pensamiento viviente la *armonía*, el *Bien* concebido por encima de todo

y realizado *por abajo* en el mayor grado posible.

Lo fenomenal, lo particular, puede ser como Hegesías un tipo en la historia; pero no tipo recomendable desde las cátedras de la Ciencia y la Religión.

Helmholke, psicólogo de la escuela experimentalista, que relaciona á su modo el sujeto que siente, con los objetos sentidos.

Esta relación es indudable *en general*. Lo que se necesita es que la conciba bien cada filósofo *en particular*.

No se la concibe bien, si por uno ú otro camino, se atribuye la *causa* de la función común: ó exclusivamente al objeto sentido, ó exclusivamente al sujeto que siente.

Hay comunidad causal, como hay comunidad de existencia (coexistencia), entre el sujeto y el objeto de toda sensación.

No se pueden someter á un mismo criterio analítico y sintético, como quieren las escuelas asociacionista y psicológica modernas, lo viviente y lo no viviente (físico-químico).

No es igual la asociación de elementos químicos á la asociación de sentir y reflexionar. La primera es producción simple y combinación; la segunda es generación y reproducción generatriz.

Helmont, médico del siglo XVI, que representaba como Paracelso, Cardan y otros, una amalgama de especulaciones matemáticas, positivistas; y de aspiraciones místicas, refundidas en una magia supersticiosa y personal.

En esta doctrina el espíritu divino descendía á la personalidad, y se objetivaba en *argucos* y otros fantasmas, tan frágiles como absurdos, ante el simple sentido común.

Helvecio, político materialista del siglo XVIII.—Sostiene que el único motivo de los actos del hombre es su *interés personal*; y que el secreto para legislar bien, consiste en hacer de modo que al ciudadano le tenga más cuenta cumplir la ley, que infringirla. Si el bien particular—añade—, se confundiera con el público, no habría más viciosos que los locos.

No deja Helvecio de tener razón. Mas conviene advertir, que si en la práctica social *aconseja* al hombre su bien particular; el bien general le *impone* en cambio la *ley* de preferirle en los casos de conflicto; y que el cumplimiento de esta ley suprema, llevado hasta aceptar el sacrificio del bien propio, es lo que más enaltece al individuo y satisfacen su conciencia.

Hembra, del latín *femina*.—La antítesis de varón en la función generatriz.

El elemento *pasivo* que relacionado con el *activo* determina en la práctica las funciones vivientes.

Este elemento pasivo se simboliza por la tierra, madre fecundada por la atmósfera, relativamente indefinida, que en la generación bi-sexual se representa por el sexo masculino.

La generación no necesita estar representada por sexos, vivientes cada cual por separado.

Es, sin embargo, lo más común que así suceda.

Cuando no sucede así, se llama espontánea la generación.

La generación, representada ó no, siempre es una función que implica espontaneidad.

Los sexos masculino y femenino se apeteen mutuamente, como los polos de una aguja imantada, como el sér al no sér y el no sér al sér.

Confluyen en un centro común,

dado el cual se separan nuevamente por su oposición característica.

Heptágono, del griego *heptá*, recto, y *gónos*, ángulo.—Polígono de siete ángulos.

El número siete parece algo cabalístico: primero porque suma tres y cuatro, síntesis positiva (tres), y síntesis positiva y negativa (cuatro); y después porque consta de un impar; término medio relacionado dos veces con extremos correlativos.

Esta *cábala* tiene poco de misteriosa, si se atiende á la relación implicada entre los términos, que tomados cada cual en absoluto serían en efecto verdaderos enigmas.

Heráclito, filósofo del siglo V antes de la era cristiana.—Sin abandonar del todo el criterio objetivista de la escuela jónica, fué el primero que tomó en consideración el *cambio*, consignando explícitamente *el flujo perpetuo de las cosas*. Figura en este concepto como el más lejano antecedente de Hegel.

Dice Heráclito que todo se *muere*, corre, se *hace* todo; que de esta suerte *todo es todo*. El día y la noche, el sueño y la vigilia, la juventud y la vejez, son idénticos entre sí. La arcilla con que se amasan todas las cosas toma á cada instante formas nuevas. Nada es, todo se hace; todo es al mismo tiempo que sí propio lo contrario á sí propio. De la lucha de los contrarios nace la armonía ordenada por Júpiter.

No se separa, sin embargo, de la Física la Metafísica de Heráclito. Según él, si todo cambia, es porque todo se reduce á *fuego*. El mundo no ha sido *creado*; es y ha sido un *fuego eterno viviente*, que se enciende y se apaga según la ley.

Si así como Heráclito *sintió* con ad-

mirable inspiración *el fuego viviente*, hubiera sentido también la relación entre todas las cosas y alcanzado el arte de relacionar modesta y oportunamente; habría llegado por completo al concepto de la ciencia viviente, como llegó á formularla de un modo demasiado embrionario.

Necesitaba Heráclito reconocer: 1.º la necesidad de relacionar sus inspiraciones con la función de pensar (método psicológico); 2.º que el saber es algo, pero no todo; que linda con el ignorar en virtud de la misma ley de lindes que el pensamiento de Heráclito confiesa, y en la cual debe ser el pensamiento mismo del filósofo el primero que aparece comprendido; 3.º que todos los pensamientos relativos á la vida, á ese fuego viviente de que habla, deben aparecer limitados á lo finito aun que lindantes con lo infinito, con lo eterno, vedados á la razón humana fuera de su propio dominio; 4.º que al contar con la identidad de todas las cosas, debe contarse también con su diversidad *correlativa*; 5.º que mientras estemos sumidos en la ignorancia de lo absoluto enfrente de lo relativo, nada podemos decir, sin referirnos á *creaciones* relativas, á *generaciones* más ó menos elevadas en su categoría generatriz desde la yerba del campo hasta un supremo generador, *imaginado* dentro de los límites humanos; 6.º en fin, que procede rehacer toda la doctrina del flujo perpetuo y las demás esparcidas en el campo filosófico; fundiéndolas en molde nuevo y único, que las relacione hábilmente, hasta el punto de comprender en un sistema la función viviente, relacionada con sus dos polos, no vivientes, pero necesarios para ella como condición correlativa.